

¿Dónde está Frank?

Isaías Romero Pacheco

Ilustraciones de **Carlos Díaz Consuegra**

loqueleg

*Para mi hijo Gabriel,
con la esperanza de que su país
tenga un futuro lleno de paz,
empatía y solidaridad.*

No teníamos por qué haber aceptado la barbarie como natural e inevitable ni haber continuado los negocios, la actividad académica, el culto religioso, las ferias y el fútbol como si nada estuviera pasando. No teníamos por qué acostumbrarnos a la ignominia de tanta violencia como si no fuera con nosotros, cuando la dignidad propia se hacía trizas en nuestras manos. No tenían por qué los presidentes y los congresistas gobernar y legislar serenos sobre la inundación de sangre que anegaba el país en las décadas más duras del conflicto (...) ¿Cómo nos atrevimos a dejar que pasara y a dejar que continúe?

FRANCISCO DE ROUX,
Informe final de la Comisión de la Verdad

Atención, boletín de última hora.

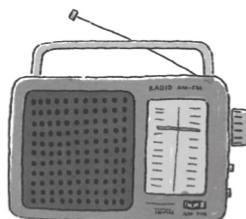
6 de noviembre de 1985

*Prescolombia informa y Colombia se actualiza:
boletín informativo de última hora.*

Atención, atención, tenemos noticias de última hora.

En estos momentos se registra una complicada situación en el Palacio de Justicia, en todo el corazón de la ciudad de Bogotá. Sobre las 11:40 de la mañana un grupo de hombres armados pertenecientes a la organización guerrillera denominada M-19 ha ingresado a las instalaciones del Palacio. Exigen, en un comunicado que se ha distribuido en medios de comunicación, la presencia del presidente de la república. Se presentan intensos combates entre el grupo guerrillero y las fuerzas militares, que han movilizado tanques a la zona. Repetimos, hay una fuerte presencia de militares y policías. Prescolombia está en el lugar, es una situación... podemos escuchar los disparos... muy complicada, desde el momento mismo en que inició esta toma ha estado Pacho Morales ahí, al pie de la noticia.

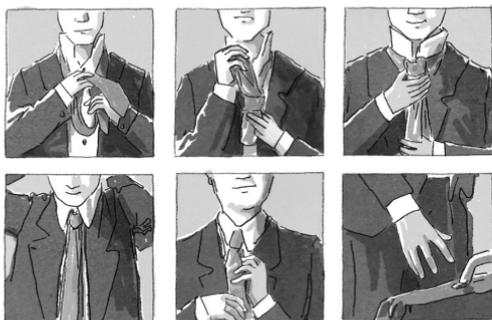
Pacho, lo escuchamos:



—Gracias, Juan. Efectivamente, es muy complicada la situación: se han registrado intensos tiroteos, hace unos momentos la Policía y el Ejército han ingresado con un tanque blindado al primer piso de la sede judicial y hemos visto una cantidad indeterminada de personas que han salido custodiadas por policías y militares desde el edificio hacia la Casa del Florero, que queda en todo el frente del Palacio de Justicia. Otras han sido conducidas a centros asistenciales y la verdad es bastante confuso y complejo lo que se está viviendo aquí.

—Pacho, ¿hay alguna información? ¿Se conoce la situación de los magistrados de la Corte?, ¿estaban ellos en el edificio a la hora de la toma?

—Efectivamente, Juan. Aquí entre los colegas periodistas hemos confirmado que los magistrados, incluido el presidente de la Corte Suprema de Justicia, se encuentran en este momento dentro de las instalaciones. No tenemos mayores indicios de su estado, pero está confirmado que se encuentran allí. Seguiremos informando.



El día en que Frank desapareció

Ese día, Frank Rodríguez salió temprano de su casa hacia el trabajo. Le había prometido a uno de los magistrados de la Corte que le haría una consignación en la mañana. Se había comprometido, además, con uno de los abogados que veía con frecuencia a estar antes de mediodía para ayudarle con los archivos de un expediente en el que había prestado eficientemente sus conocimientos. Aunque Frank no estaba graduado de abogado, era muy valorado por su aprestamiento.

Ese día también se emitiría un fallo sobre un grave caso de violación de derechos humanos por parte del Ejército, y Frank le había comentado a Adela, semanas antes, que sus futuros colegas estaban muy contentos con el apoyo que les había

prestado organizando los folios del caso. Decía, con el pecho henchido, que todos le celebraban esa capacidad y entrega para pasar de un mensajero a casi un doctor; estaba realmente feliz.

14 Al finalizar el juicio, iría a la cafetería y almorzaría con ellos. Además, sabía con seguridad, por la pericia que había acumulado en años y por la confianza que le tenían, recibiría buenos honorarios; eso también lo emocionaba. Aunque aún no había terminado el año escolar, ya estaba ahorrando para la matrícula y los útiles de sus gemelos para el próximo año. Frank no desperdiciaba un peso, y de cada diligencia que hacía sacaba religiosamente un porcentaje para las cosas de la casa y para el ahorro. Las diligencias en bancos y en pago de servicios eran buenas y constantes, dejaban muy buenas propinas. Sin embargo, desde que había contado que estudiaba Derecho, lo tenían en cuenta en varios juzgados para apoyar procesos por la congestión de los expedientes, que parecía interminable, y le botaban alguna barbacha que siempre caía bien. Su honradez era su mejor carta de presentación.

Frank cumplía con alegría y sacrificio su sueño de estudiar Derecho, asistía juiciosamente a sus

clases en la universidad por las noches. Soñaba con ser un gran abogado; después de clases leía hasta altas horas de la madrugada y, a veces, se quedaba dormido en un sillón de la sala con los libros sobre su barriga.

Trabajaba en el Palacio de Justicia, donde se dedicaba a realizar diligencias durante el día para aquellos funcionarios que no tenían tiempo de hacer ciertas cosas.

Le habían dado poco a poco pequeñas “palomitas”, momentos en los que podía demostrar no solo cuánto quería ser abogado, sino cuán eficiente era. Básicamente, Frank era un hombre de confianza para muchos empleados y —aunque no estaba nombrado en ningún puesto en especial— hacía sus consignaciones, llevaba sus cartas, dictaba telegramas en la oficina postal, recogía almuerzos, hacía todo lo que los empleados del Palacio no podían hacer, y le pagaban por ello.

Algunas veces el pago era bueno, otras no tanto, pero él se resistía a poner una tarifa. Esto, de alguna manera, generaba más confianza entre quienes ya lo conocían. Dicen que la confianza no tiene precio, y este era uno de esos

casos en los que se podía aplicar. Todo el mundo hablaba muy bien de su trabajo, de una familiaridad ganada con años de servicio sin que se le hubiesen perdido jamás unas vueltas y sin que ninguna diligencia le hubiese salido mal. Vivía de la honestidad de su labor y del voz a voz del trabajo bien realizado.

Frank ya estaba en octavo semestre de Derecho y anhelaba terminar rápido. Le decía a Adela que cuando fuese magistrado los iba a sacar del barrio y se los llevaría a Chía, a una casa de gran jardín que imaginaba con un lago cerca y un solar enorme para que los niños jugaran e incluso pudiesen tener más hijos. Adela reía discretamente siempre que él lo mencionaba. También le encantaba escuchar cómo describía a los magistrados, unos señores cultos, intelectuales, seres especiales, lo mejor de la jurisprudencia nacional, que además de leyes y conceptos citaban a escritores, leían poemas de su autoría y hablaban de arte.

Aprendía rápido, sabía escuchar, opinaba cuando conocía del tema, era eficiente y constante, todos le auguraban un futuro como abogado prestante. Veía en el simple hecho de que lo reconocieran un privilegio. Él, que no era sino

el señor de los mandados, a veces se sonrojaba porque varios magistrados y jueces le encargaban tareas que ni a sus escoltas o secretarios. Desde dignatarios hasta meseras, abogados, tinterillos, jueces, auxiliares, digitadores, policías, supernumerarios, todo el mundo conocía a Frank en ese enorme edificio en el corazón de Bogotá.

17

Con el dinero que ahorra, esperaba reunir también lo necesario para las vacaciones de fin de año con la abuela Carmen. Es posible que no alcanzara a ir a las ferias del retorno, pero de Cali a Dagua es un poco más de una hora, y esto le ayudaría a cumplir su otro sueño de ir al Pascual Guerrero a ver al América —la Mechita— coronarse nuevamente campeón de la copa ese año. Llevaría a Miguel y a Alex, sus gemelos, para que visiten por primera vez un estadio de fútbol. Seguramente Miguel iría a regañadientes, pues era hinchista de Millonarios, en cambio Alex y Frank auguraban una nueva corona para el campeón del fútbol colombiano, sería el quinto título nacional del oncenio escarlata:

—Ojo a esto —Miguel ni escuchaba los comentarios cuando los otros dos se ponían a hablar del América—. Si dejan a Falcioni en la portería

—rayaba Frank en la parte trasera del cuaderno de religión de Alex sobre una improvisada cancha de fútbol hecha con un lapicero rojo—... y en el terreno ponen a Gareca a hacer magia, Cabañas por aquí como delantero, en la otra punta Battaglia junto al Pipa y Willington a este lado de volante, será una verdadera fiesta y seremos campeones.

Alex miraba a su hermano refunfuñar y disfrutaba esa afinidad futbolística con su papá.

Aunque los niños habían ido anteriormente a Cali, lo apremiante de la situación económica les había impedido visitar el “Glorioso Pascual Guerrero”. Sin embargo, ese año, como fuera, Frank y la familia irían.

Las noticias se regaron rápidamente por los medios de comunicación, pero no fue sino hasta la hora del almuerzo cuando Adela sintió un frío que le recorrió la espalda al escucharlas en la radio. Ya había sentido un vacío en el cuerpo desde la mañana y una sensación de intranquilidad que siempre le achacaba a un bajón de azúcar. Sabía que Frank estaría en el Palacio de Justicia, sabía que almorzaría ahí mismo, y el peor de los presentimientos se le aferró a la

cabeza al escuchar las noticias. Las demás cosas pasaron demasiado rápido, las explosiones, las balas, la gente saliendo aterrorizada, imágenes de horror que se vieron en la televisión y sonidos violentos de incertidumbre que inundaron las emisoras de radio.

Como pudo, Adela pidió un permiso en el trabajo y se fue hacia el Palacio, dijo una mentira sobre una diligencia urgente que tenía que ver con los niños, decisión que más tarde se reprocharía, ya que no la dejaron ni siquiera pasar a las calles aledañas. Estar ahí a pocas cuadras, oír las ráfagas, los vehículos blindados que iban llegando a la Plaza de Bolívar, ver a la gente agacharse cada que un disparo sonaba, el ambiente de tensión y angustia, las ambulancias saliendo en estampida causó que su ansiedad empeorara con las horas.

Las voces de quienes junto a ella se agolpaban en diversas cuadras cercanas que recorría con la esperanza de saber algo más la llenaron de angustia. Personas a su lado preguntaban por algún amigo, un primo, un hijo o un esposo. Con el pasar de las horas, atravesándosele a cualquier policía o militar que se le cruzara en la calle, se atrevió a preguntarles si sabían algo de

Frank, pero ninguno de ellos respondía... Ni a ella ni a nadie. Más tarde se comunicó al trabajo y prometió recuperar el turno en días seguidos, y siguió tratando de obtener información de Frank, pero algo dentro de ella decía que las cosas no estaban bien.

20 Sintió la necesidad de ir a buscar a los niños y se dirigió a la casa. En el camino se le ocurrió que quizás Frank ya habría llegado, y estaría esperándola, revisando algunas tareas de la universidad con los libros regados por la mesa y una gran taza de café de esas bien cargadas, como le gustaban. Sin embargo, no fue así y, sin saber por qué, no les dijo a sus hijos que su papá seguramente estaba en aquel lugar; simplemente los abrazó con fuerza tan pronto los vio. Alex y Miguel sintieron extraña a su mamá, la observaron revisar una y otra vez la casa, daba vueltas inexplicables por todos lados iniciando cosas que no terminaba. Adela encendió la radio y el televisor al tiempo. Se transmitían angustiosas escenas de personas, soldados y policías que salían de las entrañas del Palacio. La radio contaba a su vez muchas cosas sobre lo que pasaba. Había caos. Los gemelos sabían que algo malo pasaba.